

Funeral p. Heliodoro

Saludo

26 marzo de 2021

- Mons. Juan Antonio Martínez Camino, obispo auxiliar de Madrid,

- D. Angel Camino, Vicario de la Vicaría VIII,

- D. Gerardo Dueñas, Subdelegado de Pastoral de la Salud,

- queridos párrocos de Tres Cantos,

- queridos religiosos camilos, presentes en esta capilla y conectados a través de las cámaras desde las comunidades de la Provincia española,

- queridos familiares del p. Heliodoro (Juan, Pilar, Angel, Ana M^a, José M^a),

- queridos compañeros del Centro y compañeros del p. Heliodoro,

- queridos miembros de la Familia camiliana...

Estamos aquí reunidos para celebrar el Misterio Pascual. Esto es lo que nos convoca: la fe en que, gracias a Dios, el amor triunfa sobre la muerte, y la resurrección nos hará encontrarnos con Dios cara a cara y ser del todo en Él.

Esto es también lo que creía, celebraba, comunicaba el p. Heliodoro, religioso camilo. Hace tan solo tres días, estando con Pilar también en la habitación, después de asegurarme que no tenía ningún síntoma que le hiciera estar incómodo, me dijo: “A ver cómo va a ser lo de allá arriba”. “Te vas a encontrar con Dios cara a cara”, le dije conteniendo mis lágrimas, y tras un silencio, añadí: “Has estado siempre con Dios”, a lo que me respondió: “Lo he intentado, lo he intentado”.

Y es que, la vida del p. Heliodoro, más allá de sus cargos y lugares diferentes donde ha vivido (Vic, Sevilla, Barcelona, Sant Pere de Ribes, Tres Cantos...), se puede resumir de una manera muy sencilla: visitar a los enfermos.

Su ser camilo estaba totalmente identificado con **la visita**. De esto hablábamos cuando me llevaba tantas veces al aeropuerto de Barcelona: la visita, la visita, la visita. Heliodoro se sentía mal si una mañana o una tarde (de los 7 días de la semana), no visitaba enfermos en sus habitaciones, en todos los hospitales donde ha estado. Era un camilo de “distancias cortas”, de intento de consuelo por la presencia, por las palabras y ¡cómo no!, por la

celebración de la unción, por la celebración de la misericordia en el sacramento del perdón, y la centralidad que le daba a la Eucaristía.

Aunque sé que en estas palabras mías puede haber una presentación tipo la idealización, como es propio en el duelo, tengo que decir, que entre sus compañeros religiosos, de su generación, en su sencillez y por su moral –costumbres- **era mirado y descrito como “santo”**. No pocas veces se lo decían espontáneamente: “es que tú eres santo” –como me recordaba también estos días Juan, su hermano.

Su presencia en este Centro, en dos ocasiones, ha sido discreta, humilde, como así también en el servicio de Superior de la comunidad. **Pero era referente de fidelidad, bálsamo para las tensiones**. Con su hacer –mucho más que con sus palabras- testimoniaba lo que realmente nos debe importar en esta casa: los enfermos, sus familias, el saber hacer, saber estar, saber ser para ellos, servidores entrañables, con corazón de madre –que dijera Camilo de Lelis.

No teniendo gran don de la palabra, admiraba y piropeaba a quien lo tenía, y las suyas eran palabras

de invitación muy **frecuente de lo que él vivía y lo ha expresado verbalmente hasta el último día: “estamos en las manos de Dios”**. Se ha hartado de decirlo.

Este fue, obviamente, también su mensaje el día que –una vez más- celebramos **la unción** con su familia y toda la comunidad, programada con todo detalle. Nos echó un discurso que tenía tres claves: *gracias a todos, perdonadme si en algo no he estado a la altura, y estamos en las manos de Dios.*

Cumplidor hasta el extremo de los horarios, yo le decía con frecuencia: Heliodoro, vas a llegar al paraíso dos minutos antes de tu hora, y te va a tocar esperar. Pero bien sabemos que lo más importante de la esperanza es la confianza. Y él, **la confianza en Dios la tenía metida hasta los tuétanos.**

Durante tres años ha sufrido las consecuencias de la leucemia y, con fidelidad y complicidad, ha sido acompañado varias veces a la semana por el p. Franklin al Hospital. También de eso ha sacado partido, porque, como nos dijo el día de la Unción, estaba contento de ver que **“había enseñado y preparado a un capellán: el p. Franklin”**.

Nos habló con serenidad de *la limitación del esfuerzo terapéutico*. Se documentó con nuestra producción interna para esto leyendo, como solía hacer, los libros publicados desde nuestro Centro.

Sufrió mucho con **la muerte repentina de su hermano**, también camilo, el p. José M^a, de quien hablábamos con gusto y frecuencia. Ahora, bajo el misterioso foco de la vida en Dios, se habrá fundido con él y los demás familiares y religiosos a los que amó. Pero para San Camilo, si fuera necesario en el juicio final, contar con algún abogado defensor, los tendríamos que tener en los enfermos. Así es que Heliodoro estará tomándose en el Paraíso unas sopas de ajo –su plato preferido– con tantísimos enfermos a los que asistió.

Gracias por estar aquí, para celebrar este hermoso misterio de la muerte y la resurrección en Cristo. Gracias, **D. Juan Antonio** por volver a este Centro, tan golpeado por la pandemia, donde se mastica la misericordia para con los enfermos. Está todavía cercana su visita pastoral. Gracias por presidir con ternura esta asamblea que quiere darle muchas gracias a Dios por la vida del p. Heliodoro.

José Carlos Bermejo